

ATROPOS

El caso de los crisantemos



Federico Betti

traducido por María Acosta



Federico Betti
Atropos

Atropos:
ISBN 978-8-87-304757-5

A todas las personas que no pueden esperar a leer estas historias.

El hombre descendió del autobús 19 en la plaza Bracci, en San Lazzaro di Savena, llegó hasta el quiosco, compró un ejemplar de *Il Resto del Carlino* y comenzó a hojear las páginas.

Se sentó en uno de los bancos que había en los laterales de la plaza para leer el periódico y no encontró ninguna noticia interesante: las primeras páginas estaban ocupadas por los sucesos mientras que en el interior estaban aquellas dedicadas a la economía, además de las páginas locales con noticias relativas a la comarca boloñesa, a la ciudad y a toda la provincia.

Echó una ojeada incluso a los anuncios publicitarios sin encontrar ninguno interesante.

Dobla el periódico y, mientras lo mantenía debajo del brazo, se dirige, desplazándose por la vía Emilia, en dirección a Mola.

Llega a la entrada del banco en el cruce con la vía Jussi, unos cientos de metros más adelante, empuja la pesada puerta principal de metal, después la segunda, y entra.

A aquella hora de la mañana había muy pocos clientes y a los pocos minutos de llegar consiguió presentarse en la primera ventanilla que quedaba libre de las tres que estaban abiertas en ese momento.

«Buenos días», lo saludó la empleada, «¿en qué puedo ayudarle?»

Querría hablar con el director, si no está ocupado.

Como desea. ¿Tiene algún problema? preguntó la mujer de la que emanaba un perfume afrutado tan fuerte que resultaba nauseabundo.

No, no se preocupe. Pensaba solamente en la mejor manera de invertir y quería hablar con él, o con ella en el caso de que sea una mujer, para poder tomar una decisión.

Para estas cosas tiene a su disposición nuestros asesores financieros. Creo que usted podrá hablar tranquilamente con uno de ellos: son todas personas muy capaces. A menos que usted desee expresamente intercambiar unas palabras con el director o tenga motivos muy particulares para hacerlo explicó la mujer.

Quiero hablar expresamente con el director.

1

Aquel día, Davide Pagliarini volvió del gimnasio donde pasaba una o dos horas todas las tardes de la semana, excluido el fin de semana.

Vivía solo, en un edificio de apartamentos de Venecia en San Lazzaro de Savena.

Había tomado aquella decisión después de un año de noviazgo y de convivencia con su compañera. De común acuerdo habían dicho *basta*, no habrían podido vivir juntos para siempre porque, contrariamente a lo que habían pensado al comienzo, parecían que no estaban hechos el uno para el otro.

Ritmos de vida y puntos de vista demasiado diferentes con

respecto a como se desenvolvía la jornada y el uso de los recursos monetarios.

Finalmente habían acertado al separarse y que cada uno recorriese su propio camino.

Llegó³ delante del portal³n del edificio, subió³ las escaleras y entró³ en casa.

Su apartamento estaba en el primer piso de un edificio no demasiado alto e inmerso en medio del verdor de un jardín privado con plantas y árboles de distintas especies y un seto que delimitaba la propiedad.

Tenía al menos tres ventajas: la sombra que producían los árboles, que significaba un refugio a las altas temperaturas del verano, un toque de se±orío al edificio y el hecho de que difícilmente una construcción con jardín en su interior atraía a los encargados de la distribución de publicidad.

Apoyada en el suelo estaba la bolsa de deportes que usaba en el gimnasio y que contenía, por lo general, una muda de ropa y todo lo necesario para la ducha, la abrió³, y la preparó³ para el día siguiente, después decidió³ leer un poco.

Le gustaban las novelas de aventuras de autores como Clive Cussler, aunque hasta hacía unos meses había incluso leído thriller y, en general, historias repletas de suspense pero, después del accidente de tráfico en el que se había visto envuelto, había decidido que estas las dejaría apartadas de manera indefinida.

Había sido culpa suya, esto era innegable, y no podía-

a perdonarse: aquel acontecimiento, seguramente, había dejado una impronta en su cerebro.

Intentaba por todos los medios no pensar en ello, y a menudo lo conseguía pero, cuando menos se lo esperaba, volvía a atenazarlo aquel recuerdo.

Si tan sólo no hubiese tomado aquella pastilla!

Le había atraído la novedad. Le hab an dicho âVer s cómo te sentirás. Te har  llegar hasta las estrellas. Pruébala: te la puedo dejar con descuento.â

Así que la había probado, diciéndose, sin embargo, que no lo volver a a hacer jams. Era sólo por curiosidad, por comprender qué se sent a con aquellas cosas.

Recién salido de la discoteca, donde iba de vez en cuando para pasar un s bado distinto del habitual y con la esperanza de encontrar quiz s personas nuevas, que habrían podido convertirse en amigos, o incluso una posible alma gemela, si bien sabía que sería necesario demasiado tiempo para instaurar una relación de ese tipo, hab a montado en su coche y se había preparado para regresar a casa.

Desde de la ingesta de aquella pastilla efervescente (bebe algo, le hab an aconsejado) hab a transcurrido al menos una hora y, cuando Davide estaba sobre la carretera de circunvalación de Bolonia en direcci n hacia casa, comenz  a entusiasmarse, a sentirse eufórico. Pis  a fondo el pedal del acelerador porque sent a la necesidad de descargar todo el entusiasmo de alguna manera y el resultado fue el esperado, pero no había considerado

la posibilidad de imprevistos debido a una excesiva velocidad.

Se dio cuenta demasiado tarde del muchachito que estaba atravesando la carretera, sobre el paso de cebra, y le dio de pleno sobre el costado izquierdo tirándolo al suelo y llevándose por delante durante un centenar de metros.

No se había dado cuenta que estaban presentes sus padres y había huido sin pararse, con el cuerpo a tope de adrenalina.

Cada vez que recordaba aquel episodio, Davide Pagliarini cerraba los ojos con la esperanza de expulsar aquellos recuerdos insoportables y a menudo lo conseguía, pero no siempre.

Cuando se dio cuenta que era casi la hora de la cena, cerró la novela que estaba leyendo en ese momento, volviéndola a poner sobre la mesita del salón, y se preparó un plato de pasta.

La noche transcurrió tranquilamente y antes de la medianoche estaba ya durmiendo.

2

Mientras se despertaba por la mañana temprano para conseguir desayunar con un poco de calma antes de ir al trabajo, Stefano Zamagni no pensaba que aquella jornada iba a ser tan insoportable. Primero se duchó, después se preparó una taza de café, que acompañó con algunas rebanadas de pan tostado, después salió.

Llegó a la Central de Policía a las 8:30, después de media hora de carretera en medio del tráfico de la Emilia en el tramo que conecta San Lazzaro de Savena, donde vivía, con Bolonia.

Odiaba las aglomeraciones en la carretera, sobre todo si son producidas por una masa de personas con prisas por llegar al trabajo.

¿Por qué no salen un poco antes?, se preguntaba de vez en cuando, pero sin encontrar nunca una respuesta lógica.

Llegó a la oficina, sobre su escritorio lo esperaban algunos mensajes, algunos de ellos escritos por él la tarde anterior, como recordatorio.

Los leyó rápidamente, a continuación los tiró a la papelera.

¿Qué tal, inspector?, le preguntó un agente que pasaba por allí.

Bien, gracias, respondió cordialmente. ¿Y usted? ¿Va todo bien?

Sí, gracias.

Perfecto. Le deseo una buena jornada, y esperamos que sea tranquila hasta la tarde.

Esperemos, dijo el agente, marchándose.

Unos cuantos minutos después el capitán de la Sección de Homicidios se presentó en la oficina de Zamagni y, por la cara que traía, no era una visita de cortesía.

Buenos días Zamagni, le necesito, dijo sin más preámbulos.

¿Me debo preparar para lo peor?, preguntó el inspector.

Espero que no sea nada complicado, pero lo que sí es

que serÃ¡ desagradable. Hemos recibido una llamada de una persona que dice que ha llegado a casa de su hija y que la ha encontrado sin vida.â##

â##Hubiera preferido comenzar el dÃ­a de otra manera.â##, dijo Zamagni, â##Â¿Se sabe algo mÃ¡s? Quiero decir, con respecto a esta persona que ha llamado.â##

â##La seÃ±ora ha dicho que habÃ­a llegado a casa de su hija y que Ã©sta no abrÃ­a la puerta a pesar de que habÃ­a tocado unas cuantas veces al timbre, asÃ­ que la seÃ±ora, que parece ser que tiene las llaves del piso, volviÃ³ a su casa, cogiÃ³ las llaves y, cuando ha abierto la puerta, la ha encontrada tirada en el suelo de la sala de estar.â##

â##Comprendo.â##, dijo Zamagni y, despuÃ©s de una pequeÃ±a pausa, aÃ±adiÃ³: â##Â¿Por quÃ© deberÃ­a ser un homicidio? Â¿No puede haber muerto por causas naturales? Â¿Por un accidente?â##

â##No lo sÃ©,â## respondiÃ³ el capitÃ¡n. â##Creo que lo mejor serÃ¡ ir hasta el lugar e intentar comprender algo sobre lo que ha ocurridoâ##. La seÃ±ora que ha telefoneado estÃ¡ esperando nuestra llegada y le he dicho que debe permanecer a disposiciÃ³n para cualquier cosa que necesitemos.â##

â##De acuerdo,â## asintiÃ³ Zamagni, â##Ahora mismo voy a ver.â##

La muchacha estaba todavÃ­a en la posiciÃ³n en que la habÃ­a encontrado la madre, tirada por el suelo.

â##No he tocado nada, se lo puedo asegurar,â## dijo la seÃ±ora despuÃ©s de que le mostrasen la placa de la policÃ­a, como para disculparse por cualquier cosa que hubiera podido hacer.

â##Lo ha hecho muy bien,â## le respondiÃ³ Zamagni.
â##Â¿Me puede decir su nombre?â##

â##Chiara. Chiara Balzani,â## se presentÃ³. â##Ella es mi hijaâ## aÃ±adiÃ³ volviÃ©ndose hacia el cuerpo de la muchacha, como si estuviese todavÃ­a viva.

â##Entiendo. Â¿Me podrÃ­a decir tambiÃ©n el nombre de su hija, si es tan amable?â##

â##Oh,â#! claro, me debe perdonar. Estoy todavÃ­a conmocionada por todo lo que ha sucedido. Se llamaâ#! se llamabaâ#!. Lucia Mistroni.â##

â##Muchas gracias.â##, dijo Zamagni, a continuaciÃ³n aÃ±adiÃ³: â##Â¿Puedo saber el motivo por el cual no ha dudado en llamar a la policÃ­a? Me explico, la muerte podrÃ­a haber sido debido a un infarto o alguna otra causa natural, Â¿no?â##. Y volviÃ©ndose al agente Marco Finocchi que lo acompaÃ±aba: â##SeÃ±alicemos cada cosa.â## El agente asintiÃ³.

â##Su pregunta es perfectamente normal, parece ser que mi hija, desde hacia un tiempo, estuviese recibiendo llamadas amenazantes. Por esto he pensado enseguida en una muerte no natural, y entonces les he llamado.â##

â##Â¿Llamadas amenazantes? Â¿Se sabe de quiÃ©n eran estas llamadas?â##

â##No, aunque siempre he tenido la duda, o la convicciÃ³n,

si lo prefiere, e incluso era lo mismo que pensaba mi hija, que quien la llamaba era su ex novio.â###, explicÃ³ la mujer. â##Su relaciÃ³n habÃa terminado de manera bastante desagradable, se habÃan peleado. En los Ãltimos momentos de su noviazgo se peleaban a menudo.â##

â##Entiendo.â##, sintiÃ³ Zamagni, â##Necesito saber todo sobre su hija. Su edad, en quÃ© trabajaba, sus aficiones, las direcciones y nombres de sus amigos. Â¿Y su ex novio? Â¿Me sabrÃa decir su nombre? Cualquier informaciÃ³n que usted sepa sobre Ã©l. Yâ# otra cosa: Â¿actualmente su hija estaba casada? Â¿Estaba prometida? Â¿Estaba soltera? Entienda, no podemos dejar de lado ninguna pista.â##

â##Por lo que se, Lucia no estaba con nadie.â##

El inspector hizo una pequeÃ±a pausa para mirar alrededor.

El piso, en la primera planta de un edificio de nueva construcciÃ³n en la periferia de Bolonia, tenÃa un aspecto seÃ±orial, moderno, con un mobiliario demasiado minimalista y combinado con buen gusto. En las ventanas no habÃa cortinas y, durante el dÃa, la luz del sol iluminaba perfectamente cada rincÃ³n.

â##Â¿El piso era propiedad de su hija?â##, preguntÃ³ el agente Finocchi.

â##SÃ-, claro.â## A la seÃ±ora Balzani parecÃa que esta pregunta le resultaba superflua.

El piso habÃa sido pagado completamente por la hija, habÃa explicado la madre.

Y también había explicado que Lucia Mistrone cumpli a una función muy importante en la empresa donde trabajaba, aunque la hija nunca había especificado bien en qué consistía su trabajo.

  Y bien?   Nos puede decir el nombre del ex novio de su hija?, pregunt  Zamagni.

  S , excusadme.  , dijo la señora Balzani.   La persona que busc is se llama Paolo Carnevali. Si no se ha mudado vivía en vía Cracovia, al lado del Parque de los Cedros, en el n mero 10, creo.  .

  Perfecto. Por ahora nada más señora, muchas gracias. Recuerde que en el caso de que pueda darnos m s informaci n esta podr a ser útil para la investigación. Y otra cosa: la Polic a Cient fica deber  comprobar cada centímetro de este piso, con la esperanza de que esto pueda servir para encontrar al culpable de este crimen, por lo que en los próximos días le será totalmente imposible entrar aqu . Enseguida pondremos los precintos.  .

La señora asinti , comprensiva.

  Har  todo lo posible por encontrar al asesino.  .

Se fueron y, ya de nuevo en la calle, el inspector Zamagni y el agente Finocchi volvieron a las oficinas de la Central.

3

No era gran cosa, pero quiz s hab an encontrado una pista que seguir, en espera de los resultados de los análisis del piso de Lucia Mistrone.

Sobre la hora de la comida, el inspector Zamagni, acompaña±ado por Marco Finocchi, se presentÃ³ en el portal nÃºmero 10 de vÃ­a Cracovia, para hablar con Paolo Carnevali.

Tocaron el timbre sin que respondiesen, esperaron algunos minutos y no consiguieron entrar en el edificio hasta que llegÃ³ una seÃ±ora anciana que volvÃ­a de dar un paseo con el perro.

âPodemos entrar, seÃ±ora?â, preguntÃ³ Zamagni.

âNo se permiten los vendedores ambulantes, lo siento. AsÃ­ que, si sois de esos, podÃ©is ahorraros el esfuerzo e ir a otro sitio.â

âEstamos buscando al seÃ±or Carnevali. Â¿Lo conoce?â

âQuiÃ©n lo busca?â, querÃ­a saber la seÃ±ora, probablemente reacia a relacionarse con los desconocidos.

âNecesitamos hablar con Ã©l. No es nuestra intenciÃ³n molestarle ni hacerle daÃ±o,â explicÃ³ el inspector mostrando su identificaciÃ³n.

âÂ¡Madre de Dios!â, fue la reacciÃ³n de la anciana. âÂ¿QuÃ© desaguisado ha hecho el muchacho? Parece una buena persona.â

âNo se preocupe,â la tranquilizÃ³ el agente Finocchi, âsÃ­ lo queremos hablar con Ã©l.â

âDe todas formas creo que a esta hora estÃ¡ trabajandoâ, explicÃ³ la seÃ±ora.

âÂ¿CuÃ¡ndo lo podrÃ­amos encontrar? Â¿Sabe a quÃ© hora volverÃ¡?â

â##A no ser que tenga algÃ³n compromiso personal despuÃ©s del trabajo, por lo general me lo encuentro entre las 18 y las 18:15 todos los dÃ­as de la semana. Salgo con Toby para el paseo de la tarde y, cuando vuelvo, Ã©l estÃ¡ aparcando o subiendo las escaleras.â##

â##Ã¡ SabrÃ­a decirme quÃ© automÃ³vil tiene el seÃ±or Carnevali?â##

No entendÃ­a de esas cosas, explicÃ³ la seÃ±ora, porque no era una experta en automÃ³viles. Los Ãºnicos medios de transporte que conocÃ­a bien eran los autobuses, que los usaba para ir desde casa hasta el centro de la ciudad el domingo despuÃ©s de comer.

â##Se lo agradezco igualmente, seÃ±ora,â## dijo Zamagni, â##Volveremos por aquÃ­ esta tarde.â##

Los dos se despidieron de la seÃ±ora y de Toby, que no la habrÃ­a seguido a no ser que cualquiera de los dos lo hubiese acariciado, y regresaron al auto en que habÃ­an llegado.

No tenÃ­a ningÃºn sentido esperar tantas horas la llegada de Paolo Carnevali, asÃ­ que decidieron que irÃ­an a la ComisarÃ­a de PolicÃ­a y Zamagni aprovecharÃ­a para escuchar las posibles novedades de la CientÃ­fica y del patÃ³logo al que se le habÃ­a encargado la autopsia.

Sus padres estaban realmente felices con Ã©l, lo veÃ­an contento, y se mostraban orgullosos incluso con los parientes y los amigos de la familia.

AdemÃ¡s de ir al colegio, hace algo Ãºtil y remunerativo,

aunque fuese poco lo que podÃa reunir.

No era mucho, pero para un chaval que estudia siempre es mejor que nada.

Era asÃ como hablaban sobre el trabajillo que habÃa encontrado su hijo.

No es el Ãnico, de esta forma ha conocido otros chavales de su edad con quienes, a veces, sale a pasear, se encuentran en los jardines Margherita o en la Plaza Mayor el sÃbado despuÃs de comer, se divierten, y a veces se va a cenar fuera con ellos.

Con el poco dinero que gana se lo puede permitir sin que nosotros le demos ni un euro.

Era un trabajo fÃcil, se trataba sÃlo de repartir publicidad. Â¿QuiÃn no sabrÃa hacer un trabajo semejante? SÃlo hacÃa falta distribuir los panfletos publicitarios por todas partes. En los edificios, en los lugares pÃblicos o en la calle, y nada mÃs. No le pedÃan nada mÃs, ninguna obligaciÃn.

FÃcil, tan fÃcil como beber un vaso de agua.

Y era aquello lo que hacÃa cada dÃa despuÃs de comer, una hora o al mÃximo dos al dÃa, sÃlo en los dÃas entre semana, despuÃs de haber ido a la escuela y haber terminado los deberes. El fin de semana reposaba, se divertÃa y gastarÃa una parte mÃnima del dinero ganado: como muchacho diligente que era, habÃa llegado a un acuerdo con sus padres para que se quedasen la mitad; ahora que tenÃa la posibilidad, querÃa contribuir en lo que podÃa con los gastos de la casa.

Continuaba de esta manera con su trabajo, con la tÃpica

frivolidad de su edad, sin preguntarse ni siquiera qué clase de publicidad era.

4

La tarde del mismo día, a las 18:30, el inspector Zamagni y el agente Finocchi volvieron a ver a Cracovia para hablar con Paolo Carnevali.

Tocaron el timbre y después de algunos minutos entraron en su apartamento.

«Me han avisado hace un rato de vuestra llegada, explic³ el hombre. «Os estaba esperando. Poneos cómodos en la sala.»

Se sentaron a una mesa rectangular de medianas dimensiones y, después de las presentaciones, Zamagni comenzó a hablar.

«Nos debe perdonar por la hora. No sé si estáis habituado a cenar pronto, de todas formas no tardaremos mucho.»

«No se deben preocupar,» respondió Carnevali. «Ante todo me gustaría saber el motivo de vuestra visita.»

«Querremos que nos hablase de Lucia Mistrone.»

«¿Qué ha hecho? ¿Le ha sucedido algo?»

Parecía que no supiese nada de lo que le había ocurrido a su ex novia o, si lo sabía, lo escondía muy bien.

«Esta mañana su madre la ha encontrado muerta en su piso.»

Paolo Carnevali cerró los ojos durante un momento, a continuación los abrió y dijo: «Lo siento muchísimo. ¿Cómo ha sucedido? ¿Habéis ya descubierto algo?»

Imagino que, si estÃ¡is aquÃ­, es demasiado pronto para saber el nombre del culpable.â€”

â€”TodavÃ­a estamos trabajando en ello,â€” explicÃ³ Zamagni, â€”Por el momento sabemos que la madre fue a casa de la hija y, no recibiendo ninguna respuesta, volviÃ³ a su casa a coger su copia de las llaves. Cuando ha abierto la puerta del piso Lucia Mistrone estaba tendida en el suelo.â€”

A menos, por el momento, no dijo nada sobre las llamadas amenazantes.

â€”Espero que podÃ©is encontrar pronto al culpable. Â¿Por quÃ© habÃ©is venido a hablar conmigo? No veÃ¡a a Lucia desde que nos habÃ¡amos separado, algunos meses atrÃ¡s.â€”

â€”Debemos seguir todas las pistas y la del ex novio es una de ellas.â€”

â€”Como os he dicho, yo no sÃ© nada. No veÃ¡a a Lucia desde hace meses.â€”

â€”Sabemos que en los Ãºltimos tiempos os peleabais a menudo,â€” dijo el inspector.

â€”Â¿Os lo ha dicho la madre?â€”

â€”SÃ­.â€”

â€”Entiendo. Muy bien, en el Ãºltimo perÃ³do de nuestro noviazgo peleÃ¡bamos, pero esto no significa que yo sea culpable.â€”

â€”No queremos decir esto. Como le he dicho, debemos seguir cada pista que nos pueda llevar al responsable de todo lo que ha ocurrido. Â¿Por quÃ© os peleabais?â€”

Hubo una pequeña pausa, durante la cual Paolo meditaba antes de responder: «Podríamos decir que cualquier pretexto era bueno para comenzar una acalorada discusión entre nosotros. La relación, por alguna razón, había tomado este camino en los últimos meses. Peleábamos incluso por las cosas más tontas.»

El agente Finocchi estaba tomando apuntes, anotando la más mínima cosa.

«Comprendo,» dijo el inspector. «Parece ser que la señorita Mistroni, desde hacía un tiempo, recibía llamadas telefónicas amenazantes. ¿Tiene idea de quién pudiese hacerlas? Que usted sepa, ¿conoce a alguien capaz de llegar tan lejos? Alguien que conociese a Lucia y con el que hubiese ocurrido algo particularmente desagradable.»

«No puedo ayudarles, lo siento.»

Al parecer, del señor Carnevali no iban a obtener nada, al menos por el momento.

«Muy bien. En el caso de que recordase alguna cosa con respecto a la señorita Mistroni, llámenos y pregunte por mí.»

El hombre asintió.

«Ah, una última cosa,» dijo el inspector Zamagni despidiéndose antes de descender las escaleras, «Permanezca disponible.»

5

«¿Puedo pagar con la tarjeta de crédito?»

preguntó la mujer.

Por supuesto, le contestó la empleada del gimnasio.

Perfecto. ¿Qué documento debo rellenar para inscribirme?

Aquí lo tiene. Rellene todas las secciones y, si tiene alguna duda, no dude en preguntar, le recomendaré la rubrica que estaba detrás del mostrador. Escriba en letras mayúsculas.

La otra mujer asintió y cogió el bolígrafo que encontró atado a un cordoncillo.

¿Mariolina Spaggesi? Es correcto? preguntó la empleada.

Sí.

¿Y vive en vía San Vitale número 12, verdad?

Exacto.

Bien. Yo diré que todo es perfectamente legible.

A continuación le dio un folio en el que estaba especificado el reglamento del gimnasio.

Mariolina Spaggesi lo plegó, lo metió en el bolso y, saliendo, se despidió de la otra mujer, para después tomar el camino hacia su casa.

No veía la hora de comenzar: desde hacía tiempo se había prometido a sí misma asistir a un gimnasio, por libre, sin obligaciones de horarios, y finalmente aquel día había tomado la decisión de pararse.

Pasaba delante de él casi todos los días porque estaba en

el trayecto que unÃa su casa con su puesto de trabajo y a menudo preferÃa dar un paseo antes que utilizar los medios de transporte pÃblicos. Los consideraba focos de virus gripales y, en el fondo, caminar, como le habÃan dicho, era beneficioso para la salud.

Aquella tarde llegÃ a casa y, despuÃs de haber cogido el correo y haber tomado una cena rÃpida con una pizza entregada a domicilio, se fue a dormir a las 21 horas: estaba cansadÃsima, debido a la pesada jornada laboral, y se quedÃ dormida al instante.

Fue a la maÃana siguiente, durante el desayuno, cuando comprobÃ el correo que la noche anterior tan sÃlo habÃ dejado encima de la mesita de la sala de estar.

Algunos folletos publicitarios, una postal enviada por una amiga que estaba de vacaciones en el norte de Europa y un sobre blanco donde estaba escrito X MARIOLINA SPAGGESI y la direcciÃn, escrito todo en letras mayÃsculas.

No sabÃa quiÃn era el remitente, porque evidentemente no habÃa querido que se supiese o porque, quizÃs, se daba a conocer en el interior del sobre mismo, o por cualquier otro motivo que Mariolina ignoraba.

ApoyÃ la taza de cafÃ con leche sobre la mesita y abriÃ el sobre, con mucha curiosidad por saber cuÃl podÃa ser el contenido.

Era muy ligero y, aparentemente, parecÃa que no contuviese nada.

En realidad, habÃa algo en su interior, y precisamente una

tarjeta de visita. El texto decía:

MASSIMO TROVAIOLI

Direttore Marketing

Tecno Italia S.r.l.

Al final de la tarjeta de visita había escrito un número de teléfono de empresa, de un teléfono móvil, también de empresa, y una dirección de correo electrónico personal.

Con las manos temblorosas, a Mariolina le cayó el sobre al suelo y la tarjeta de visita revoloteó durante un momento antes de caer también. Releyó una segunda vez todo, después de lo cual se debió sentar para intentar comprender qué estaba sucediendo.

6

Los resultados de los análisis de la Policía Científica del piso de Lucia Mistrone y de la autopsia de su cuerpo llegaron bastante rápido y casi con el mismo tiempo de espera.

En la casa de la muchacha no se encontró, aparentemente, nada particularmente interesante, al menos en un primer momento.

Dejemos los precintos hasta que concluya esta historia, había especificado Zamagni, porque sabía que la contaminación de la escena de un crimen habría podido probablemente confundir las investigaciones y retardar la resolución. Además, podrán necesitar volver a aquel piso para posteriores comprobaciones.

El piso parecía completamente ordenado, sin nada que estuviese fuera de lugar. Esto podía significar que el culpable

de aquel crimen no buscaba nada preciso cuando había ido a casa de Lucia.

Y, además, la cerradura de la puerta de entrada estaba bien, sin trazas de haber sido forzada.

Por lo tanto, probablemente Lucia Mistrone conocía a su asesino.

La autopsia no había sacado a la luz ninguna señal de resistencia. La mujer se había golpeado la cabeza, quiz s de forma letal y, en consecuencia, hab a caído al suelo.

   Lo que tenemos hasta el momento no nos lleva a ninguna parte,    dijo el inspector Zamagni mientras hablaba con el capitán Luzzi en su oficina.

   Propongo buscar mejor entre sus parientes, sus amigos y conocidos    dijo el capitán.    Por lo menos conseguiremos obtener un poco más de informaci n sobre la muchacha.   

   Estoy de acuerdo.   

   Que le ayude el agente Finocchi. Divid os el trabajo, para empezar. Volved junto a la madre, a continuación, según lo que os diga, hablad con las personas que conocían a la hija.   

Terminada la conversación Zamagni y Finocchi salieron para ir a hablar de nuevo con la madre de Lucia Mistrone. El tráfico rodado de aquella ma ana era insoportable, de todos modos consiguieron llegar al destino en un tiempo razonable. La señora les había dado su direcci n antes de salir del piso de la hija el día anterior.

Cuando la mujer vio a los dos polic as estaba a punto de

entrar en la casa después de haber pasado por la frutería.

Les pedí que se acomodasen y les pregunté si querían algo de beber.

«Muy amable,» le agradecí el inspector «Aceptar» a encantado un vaso de agua.»

«Lo mismo para mí, gracias,» dijo Marco Finocchi.

La mujer echó el agua en dos vasos de vidrio bastante amplios y se los dio a sus huéspedes.

«Necesitamos de nuevo que nos ayude,» dijo el inspector después de haber bebido un sorbo.

«Dámame.»

«¿Podría hacernos una lista de todas las personas que conozca su hija? Quiero decir de parientes, amigos y conocidos. Con respecto al lugar de trabajo basta con que nos diga el nombre de la empresa.»

La mujer cogió un folio, comenzó a escribir y, una vez terminado, los dos policías se dieron cuenta que iban a tener que trabajar duro para conseguir hablar con todos en el menor tiempo posible.

Zamagni cogió el papel, lo dobló y se lo metió en el bolsillo.

«Desde la última vez que nos hemos visto, ¿ha recordado algo que usted cree que pueda ayudarnos en nuestro trabajo?» pregunté a continuación.

«Por el momento, no, pero no me he olvidado. En el momento en que sepa algo, no dudaré en llamarlos.»

â##Muchas graciasâ##, dijo Marco Finocchi.

â##Ahora nos debemos marchar. El trabajo nos espera.â##

Esta vez habÃa sido el inspector Zamagni el que habÃa hablado.

Los dos policÃas se levantaron casi al mismo tiempo, se despidieron de la mujer y salieron.

Se percataron de que el folio que les habÃa dado la mujer era muy detallado: por cada nombre de la lista habÃa especificado quÃ© tipo de conocido o pariente era y, de aquellos que lo sabÃan, habÃa escrito incluso la direcciÃ³n.

Zamagni decidiÃ³ que comenzarÃan con los nombres de los cuales tenÃan la informaciÃ³n completa y dejarÃan a los agentes que trabajaban en las oficinas la tarea de completar la lista con los datos que faltaban.

El inspector se ocuparÃa de los parientes y el agente Finocchi de los amigos.

Antes de comenzar la dura tarea de recogida de informaciÃ³n se pasaron por la comisarÃa de policÃa y Zamagni aprovechÃ³ para hacer dos fotocopias de la lista que habÃa escrito la mujer: una copia se la dio al agente Finocchi, otra al agente encargado de buscar los datos que faltaban y Zamagni guardÃ³ en su bolsillo el original.

7

El autobÃs estaba a rebosar a aquella hora de la maÃ±ana: muchos estudiantes iban a la escuela y ocupaban la mayor parte de los asientos. El hombre, de todas formas, no tenÃa ningÃn problema para quedarse de pie, porque sabÃa que el trayecto que

harÃa serÃa bastante corto.

En cuanto llegÃ³ a la parada mÃ¡s prÃ³xima a su destino descendÃ³ y se puso a andar a lo largo de la acera.

AtravesÃ³ la circunvalaciÃ³n y comenzÃ³ a recorrer la Calle Mayor en direcciÃ³n al centro de la ciudad. Casi ciento cincuenta metros mÃ¡s adelante girÃ³ a la derecha para llegar a vÃa San Vitale y entrÃ³ en un negocio de flores que habÃa debajo del pÃrtico.

âBuenos dÃas,â dijo, âEstoy pensando en comprar algunas flores, Â¿las entrega a domicilio, verdad?â

âPor supuestoâ, respondiÃ³ la muchacha.

âMuy bien.â

âÂ¿En quÃ© tipo de flores estÃ¡ pensando?â

âCrisantemos,â respondiÃ³ el hombre, âUn bonito ramo de crisantemos.â

La muchacha quedÃ³ un momento sin decir una palabra, pensando en la peticiÃ³n, a continuaciÃ³n se puso a preparar el ramo.

âÂ¿SerÃa posible hablar con el dueÃ±o de la tienda?â

âEn estos momentos no estÃ¡.â

âÂ¿CuÃ¡ndo lo podrÃa ver?â

âPor lo general pasa por la tienda en el transcurso de la tarde, ya casi de noche.â

âÂ¿Todos los dÃas?â

âHabitualmente sÃ-, a menos que tenga algÃºn compromiso que no se lo permita.â

###Gracias por la informaci3n y las flores. ¿Puede tenerlas aqu3 hasta esta tarde?###

###Por supuesto.###

###Bien, entonces hasta la tarde.###

###¿Se conocen?### pregunt3 la muchacha, refiri3ndose al due3o de la tienda y al hombre que lo estaba buscando. ###Si me llama, quiz3s puedo decirle que usted ha pasado por aqu3 y que pasar3 al final del d3a.###

###No se preocupe, no hay problema. Puedo pasar tranquilamente, aunque no le diga nada.###

La muchacha asinti3, y despu3s de que el hombre se hubiese ido, algunos minutos m3s tarde, pens3 en su extra3o comportamiento.

Aquella tarde, sin que la muchacha hubiese dicho nada sobre la visita matinal del hombre, este 3ltimo y el due3o de la florister3a hablaron durante casi una hora en un bar que hab3a al lado de la tienda.

Cuando los dos se despidieron, el florista reentr3 en la tienda, cogi3 el ramo de crisantemos y lo repuso en la peque3a habitaci3n que hab3a al fondo del local.

8

El inspector Zamagni y el agente Finocchi se dividieron las tareas: uno contactar3a con los amigos de Lucia Mistrone mientras que el otro hablar3a con los parientes.

Por el momento, lo m3s importante era encontrar informaci3n sobre la muchacha y las personas con las cuales

tenían un contacto más íntimo.

Los posibles avances llegarían en su momento, como una consecuencia lógica.

Comenzaron por la mañana temprano, telefoneando a cada una de las personas para programar los encuentros: esto serviría, además de para obtener alguna información de utilidad, para conocerles y hacerse una idea preconcebida de ellos.

Stefano Zamagni consiguió hablar, en el mismo día, con Dario Bagnara y Luna Paltrinieri.

Los dos, le dijeron, eran desde hacía mucho tiempo amigos de la muchacha muerta, y ambos quedaron mudos cuando supieron la noticia.

El señor Bagnara era un agente inmobiliario que trabajaba en una agencia en villa de la Barca.

Él y el inspector se citaron en la oficina del primero, a donde Zamagni llegó puntual a pesar del tráfico.

—Buenos días, ¿es usted Dario Bagnara?— comenzó Zamagni.

—Sí, soy yo.

—Encantado de conocerle. Me llamo Zamagni— dijo Stefano.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? Preguntó el agente inmobiliario. —Para mí ha sido un golpe durísimo. Todavía estoy conmocionado. Estoy encantado de ayudarle en todo lo que sea posible.

—Gracias— dijo Zamagni, —Mientras tanto, podré—

a contarme cómo me habéis conocido a Lucia y desde cuánto tiempo se conocían.

Desde hace mucho tiempo, respondí Bagnara, también somos compañeros en el instituto.

Entiendo. Por lo tanto puedo imaginar que os conocéis muy bien.

Sí, claro.

¿Y una vez que terminasteis en el instituto? ¿Habéis seguido viéndolos habitualmente?

Sí, aunque no con mucha frecuencia. Organizamos algunas cenas, entre amigos. Yo, ella y Luna, otra compañera del instituto. Digo que no muy frecuentemente porque, desde el momento en que se habéis prometido a Paolo, ocurría a menudo que saliesen ellos dos solos.

¿Cuál ha sido la última vez que os habéis visto?

La semana pasada. Estábamos los tres. Generalmente cuando quedábamos no venía Paolo.

¿Por qué?

Lo habéis decidido así. Era una salida con amigos, sin novios ni novias.

También Paolo, Carnevali, ¿quiere decir?... ¿También él estaba conforme con este acuerdo?

Sí, quiero decir también él. Al comienzo no estaba muy de acuerdo con esto de que nos viésemos los tres solos, quizás por celos, no sé decirle. Después, sin embargo, parece que consintió sin problemas.

###Comprendo. Antes mencioné a Luna?

###Sí-, Luna Paltrinieri. ¿Ha hablado con ella?

###No, todavía no, pero tengo una cita con ella en el bar donde trabaja dentro de una hora.

Dario Bagnara asintió.

###También ella es una muchacha muy educada.

En ese momento entró un cliente potencial que preguntó si podría hablar con algún empleado de la agencia inmobiliaria. Estaba buscando un piso en venta.

###Un momento tan solo y le atiendo, le respondí Bagnara y, volviéndose a Zamagni: ###Si quiere puedo decirle a la señora que vuelva más tarde.

###No se preocupe, haga con tranquilidad su trabajo. Nos veremos pronto.

El agente inmobiliario dio las gracias a Zamagni y, mientras el inspector salía, pidió a la cliente que se sentase.

A la hora establecida Stefano Zamagni llegó al bar de Luna Paltrinieri, en la vía Andrea Costa, relativamente cercano a la agencia inmobiliaria donde trabajaba el señor Bagnara.

###Buenos días, ¿es usted Luna? preguntó Zamagni cuando no había clientes.

###Sí-, soy yo.

###Inspector Zamagni.

###Encantada de conocerle. ¿Le apetecería un café?

###Con mucho gusto, gracias.

La muchacha le preparó el café y se lo sirvió con un

sobrecito de azúcar blanco, uno de azúcar de ca ta y uno de miel.

Mientras bebía el café amargo Zamagni dijo: â##Necesito hablar con usted de Lucia Mistroni.â##

â##Har  todo lo posible por ayudarle.â##

â##Gracias. Mientras tanto, Â¿podr a decirme cómo era su relación con la muchacha? S  que erais compañeras en el instituto.â##

â##Es verdad. Â¿Por qu n lo ha sabido, si puedo preguntar?â##

â##Hasta hace poco estuve hablando con el señor Bagnara. Fue él quien me dijo que los tres hab ais ido juntos al instituto. Espero que no le resulte un problema.â##

â##Entiendo. No, por supuesto que no es un problema.â##

Zamagni bebi  el último sorbo de café y la camarera, despu s de haber puesto la tacita, el platito y la cucharilla en la cesta del lavavajillas, contó al inspector que efectivamente ellos tres hab an sido compañeros en la escuela, que hab an conectado desde el principio del primer año escolástico y hab an mantenido la amistad incluso despu s de haber pasado la selectividad. Cada uno con su propio trabajo hab an conseguido verse por lo menos una vez a la semana, durante el fin de semana.

â##Con respecto al trabajo, Â¿me sabr a decir donde trabajaba la señorita Mistroni? Su madre no ha conseguido precisarlo.â##â##

Le dijo el nombre de la empresa y que trabajaba como jefe de departamento de marketing con el extranjero, después añadió: «Me debe perdonar, pero hablar de ella me entristece mucho también.»

Y comenzó a llorar.

«La entiendo perfectamente y siento mucho todo lo que ha sucedido. Nosotros, por desgracia, debemos continuar haciendo nuestro trabajo y encontrar al culpable.»

«Lo sé», dijo la muchacha, añadiendo a continuación. «Espero que lo encontréis pronto.»

«Eso espero.»

«Gracias.»

«De nada», dijo Zamagni. «¿Podemos contar con su ayuda cuando la necesitemos?»

«Por supuesto.»

«Perfecto», le agradeció el inspector. «Creo que por ahora es suficiente. Vendrá aquí cuando necesite hablar con usted de nuevo.»

«Lo esperaré.»

Zamagni se despidió de la muchacha con una sonrisa y salió del bar con la viva esperanza de poder resolver el caso.

Quedaban todavía dos amigos de Lucia Mistrone por interrogar, entretanto le había llegado un nuevo dato: enseguida podrá visitar al empresario que la había contratado. Durante el recorrido en coche hasta su oficina, Stefano Zamagni se preguntaba cómo estaría yendo la búsqueda de información.

del agente Finocchi.

9

El agente Finocchi se ocupó de hablar con los parientes de Lucia Mistroni.

La madre le había hablado sólo del hermano Atos, un tío y una prima.

Resultó que todos habían sido informados de la desgracia por medio de la señora Balzani y, cuando el agente consiguió hablar con el hermano, este se puso a llorar diciendo que no había podido parar de hacerlo desde el momento en que había conocido la noticia.

Vive sólo en San Felice, en un piso pequeño pero funcional.

¿Puedo hablar con usted sobre su hermana Lucia?

preguntó el agente Finocchi después de presentarse.

Claro, siéntese por favor.

Se sentaron en la sala de estar, con la luz de la mañana que iluminaba la habitación a través de los vidrios de la ventana.

¿Qué tal eran las relaciones entre los dos?

quiso saber el agente.

Diría que fantásticas, aunque últimamente no nos vemos a menudo porque yo he tenido que estar viajando mucho debido al trabajo.

Entiendo. ¿Cuál es su trabajo, si puedo saberlo?

Instalo máquinas automáticas. A menudo cambio de ciudad y cada vez permanezco fuera de casa al menos una

semana.â##

â##Debe ser un trabajo muy interesante, al menos por el hecho de viajar y ver siempre sitios nuevos.â##

â##Lo serÃa si tuviese un poco mÃ;s de tiempo para visitar las ciudades en vez de estar encerrado en una empresa montando una mÃ;quina automÃ;tica desde la maÃ±ana a la noche. El Ãnico momento de relax que tenemos es por la noche, cuando vamos a cenar y probamos la gastronomÃa local.â##

â##Sin duda un trabajo muy exigente,â## asintiÃ³ Finocchi, â##Â¿CuÃndo ha sido la Ãltima vez que se han visto, usted y su hermana?â##

â##Aproximadamente hace dos semanas.â##

â##Â¿En una ocasiÃ³n particular?â##

â##No. Acababa de llegar de un viaje y el domingo habÃamos decidido cenar juntos. Una pizza para contarnos un poco cÃ³mo nos iban las cosas.â##

â##Â¿Y cÃ³mo le parecÃa que estaba aquel dÃa? Â¿Estaba tranquila o habÃa algo que no iba bien? Â¿Estaba preocupada por algo?â##

â##Me hablÃ³ de las llamadas que habÃa recibido. Le daban miedo, tambiÃ©n porque no entendÃa quiÃ©n se las hacÃa.â##

â##Â¿No tenÃa ni la mÃ;s mÃ;nima idea de quiÃ©n pudiese ser?â##

â##No.â##

â##Â¿No puso una denuncia?â##

â##No le sabrÃa decir.â##

â##Comprendo.â##

â##Â¿Puedo preguntarle cÃmo es que se encuentra en casa a estas horas? Generalmente a estas horas se estÃ trabajando.â##

â##Esta es una semana bastante tranquila, sin viajes, y cuando trabajo aquÃ lo hago a turnos. Hasta el viernes trabajarÃ© desde las dos de la tarde hasta las diez de la noche.â##

â##Bien. Le pido que estÃ© disponible, ya que podrÃamos necesitar que nos ayude.â##

â##HarÃ© lo que estÃ© en mi mano para ayudaros a encontrar al culpable.â##

â##Muchas gracias.â##

El agente Finocchi se despidiÃ³ del hermano de Lucia Mistroni y saliÃ³ nuevamente a la calle.

Por la noche verÃa al tÃo y a la prima de la muchacha.

Quedaron en la ComisarÃa de PolicÃa. Luigi Mistroni, su hija Laura y su mujer Antonia Cipolla fueron acomodados en una pequeÃ±a sala de espera y, apenas el agente Finocchi regresÃ³, comenzaron a hablar.

â##Siento mucho haberos molestado a la hora de la cena. Acabaremos enseguidaâ##, dijo el agente.

â##No se preocupeâ##, dijo el tÃo de Lucia.

â##Estamos hablando un poco con todas las personas que tenÃan un contacto mÃs estrecho con vuestra sobrina,â## explicÃ³ Marco Finocchi volviÃ©ndose hacia los cÃnyuges. â##Queremos reunir el mayor nÃmero de datos posibles porque

podrían ayudarnos a resolver el caso.   

   Estamos dispuestos a prestaros ayuda, aunque sea poca.   

   Les quedo agradecido   , dijo Finocchi, a continuación hizo una pausa preguntando a los tres si querían algo de beber, agua, caf , pero rechazaron su ofrecimiento diciendo que despu s de terminar con la polic a se irían a cenar.

   De acuerdo. En primer lugar   podríais decirme qué clase de relación ten ais con Lucia?   

Fue la tía la que respondi  en nombre de todos:    Eran buenas, aunque no nos veíamos todas las semanas. Sabe ! cada uno tiene sus obligaciones. Lucia estaba muy ocupada por culpa del trabajo, por lo que más bien nos hablábamos por teléfono o nos veíamos el fin de semana.   

El marido y la hija asintieron, confirmando al agente que todo lo que había dicho la señora Antonia era verdad. La otra hipótesis era que, en el caso de que uno de los tres fuese el culpable, estuviesen de acuerdo para protegerse unos a otros.

     Desde hacía cuánto tiempo que no ve ais a Lucia?    

   Yo ! desde hacia un par de semanas,    dijo la prima Laura.    Hab amos ido a dar una vuelta al centro de Bolonia un s bado despu s de comer, más que nada para relajarnos un poco y porque nos había hablado de las llamadas que había recibido y sent a la necesidad de estar con alguien de confianza.   

â##AsÃ que os habÃa dicho tambiÃ©n a vosotros lo de las llamadas.â##

â##HabÃa hablado de ellas durante una comida familiar, dos o tres semanas atrÃs,â## dijo el tÃo.

â##Comprendo,â## asintiÃ³ Finocchi. â##Â¿SabÃ©is si habÃa alguien, algÃºn conocido vuestro, que hubiese tenido una especie de resentimiento con Lucia? Â¿O con alguien con quiÃ©n se hubiese peleado?â##

â##No se nos ocurre nadieâ## dijo la seÃ±ora Cipolla despuÃ©s de haber hablado entre ellos en voz baja durante unos momentos.

â##Gracias. Por ahora es todo. Os pido que permanezcÃ¡is disponibles. Os dejo ir a cenar.â##

Se fueron. Poco tiempo despuÃ©s de marcharse los tÃos y la prima de Lucia Mistrone de la ComisarÃa de PolicÃa, el agente Finocchi se preparÃ³ para regresar a casa.

10

A la maÃ±ana siguiente, el capitÃ¡n Luzzi pidiÃ³ a Zamagni y Finocchi que le pusiesen al dÃa con respecto al caso de Lucia Mistrone.

â##Estamos interrogando a amigos y parientes,â## explicÃ³ el inspector, â##a continuaciÃ³n deberemos hablar con el empresario que contratÃ³ a la muchacha. No podemos excluir que el culpable pueda ser un compaÃ±ero de trabajo.â##

â##Los parientes a los que he escuchadoâ##, aÃ±adiÃ³ el agente Finocchi, â##no han escondido el tema de las llamadas

telefónicas amenazantes que parece que recibía la muchacha. Parece que tenía mucho miedo, por lo menos por lo que me ha hecho entender la prima.##

##Bien, continuemos a buscar e inmediatamente a ver a las personas que todavía debéis interrogar.## Concluye Luzzi.

Zamagni y Finocchi asintieron, así que salieron a la calle con el fin de hablar con el jefe de la muchacha y con dos amigos que estaban en la lista que les había dado la madre de Lucia Mistroni.

El inspector comenzó con Beatrice Santini, que gestionaba un estanco en via San Felice.

Cuando llegó, en el negocio no había nadie.

##No quisiera molestar.##

##¿Qué desea?, preguntó la dueña del estanco.

Zamagni le mostró la placa, y a continuación añadió que le gustaría hablar con ella sobre Lucia Mistroni.

##Para mí ha sido un golpe muy duro. Me ha dado la noticia la madre,## dijo Beatrice Santini que no parecía sorprendida por la visita de un inspector de policía.

##Comprendo. ¿Me puede decir cómo se ha enterado?##

##Me he enterado por casualidad. Había ido a casa de su hija para charlar un poco. No la he encontrado y, mientras estaba esperando en la puerta de entrada, porque no sabía si de verdad no estaba en casa o si quizás estaba tardando en responder, vi

que pasaba su madre. Me ha preguntado que por qué estaba all , si estaba buscando a Lucia y si no sabía todavía lo que le había ocurrido. Ca  de la burra, no sabía nada. Me qued  de piedra y, cuando me ha dicho que la polic a estaba investigando el asunto, ha añadido también que os había dado una lista de personas que conocían a Lucia, los parientes y los amigos m s íntimos, por lo que esperaba vuestra visita.â##
â##Entendido. Â¿Qu  clase de relación ten a con Lucia?

â##

â##Nos llevábamos muy bien. Por lo general Lucia no peleaba jamás con nadie, era una muchacha con un carácter estupendo.â##

Zamagni asinti .

â##Â¿Sabe por casualidad si le había ocurrido algo últimamente que podr a haber influido en su vida privada?â##

â##No, nada que yo sepa.â##

Un cliente entr , pidi  una cajetilla de cigarrillos y, cuando sali , también Zamagni se despedi  de la muchacha.

â##Por ahora creo que es suficiente. Le pido que est  disponible y, en el caso de que recuerde algo que crea que es importante, me lo haga saber.â##

Mientras la muchacha asent a él le dej  el n mero de teléfono de la Comisar a.

â##Pregunte por mí-. Soy el inspector Zamagni.â##

â##De acuerdo.â##

El último contacto que había escrito la madre de Lucia era

Fulvio Costello, un empleado de la oficina de Correos de vÃ Emilia, en el distrito Manzini.

Cuando el inspector Zamagni llegÃ³ a su destino habÃ­a poca gente, de esta manera pudo preguntar sin problemas quiÃ©n era el responsable de la oficina y, al mismo tiempo, hablar un poco con el empleado.

El responsable hablÃ³ un rato con el hombre para explicarle la situaciÃ³n, por lo que Fulvio Costello se ausentÃ³ de la ventanilla y fue a la parte de atrÃ¡s para hablar con Zamagni.

âSiento las molestias. Soy el inspector Zamagni. QuerÃ­a hablar un poco con usted sobre Lucia Mistroni.â

âÂ¡Santo cielo! Â¿QuÃ© le ha ocurrido?,â preguntÃ³ el hombre, ignorante de los acontecimientos de las Ãºltimas horas.

âHa pasado a mejor vida. Siento decirselo asÃ­. Suponemos que no ha sido una muerte natural.â

El empleado de Correos quedÃ³ un instante en silencio, a continuaciÃ³n preguntÃ³ si tenÃ­an alguna idea sobre quiÃ©n era el culpable.

âPor desgracia, todavÃ­a no, pero estamos trabajando duro para encontrarlo lo mÃ¡s pronto posible.â

âEntiendo. Espero que ocurra pronto.â

âTambiÃ©n nosotros lo esperamosâ, dijo Zamagni, âAhora me gustarÃ­a hacerle algunas preguntas, si estÃ¡ de acuerdo.â

âPor favor.â

âGracias. En primer lugar querrÃ­a saber como os habÃ©is

conocido, usted y Lucia.â##

â##Por casualidad, durante un viaje a CanadÃ¡.â##

â##Ya. Â¿Y luego habÃ©is mantenido el contacto?â##

Costello asintiÃ³.

â##Â¿Hablabais a menudo?,â## preguntÃ³ el inspector.

â##Todas las semanas, no, pero hablÃ¡bamos con frecuencia.â##

â##Â¿Hace cuÃ¡nto tiempo que os conocÃ©is?â##

â##Dos aÃ±os.â##

â##Â¿Puedo preguntar si, por casualidad, ha habido algo distinto a la amistad entre vosotros dos?â##

â##Â¿Por quÃ© me lo pregunta?â##

â##Necesitamos tener informaciÃ³n, para resolver un caso como este y la buscamos por todas partes.â##

â##Vale. Absolutamente, no.â##

â##Bien. Â¿Tiene, por casualidad, alguna idea sobre quiÃ©n ha podido tener un motivo para matarla? Â¿O cualquier acontecimiento acaecido que haya podido tener como epÃ³logo lo que ha sucedido?â##

â##No,â## respondiÃ³ el hombre, despuÃ©s de haber meditado durante un minuto. â##Por desgracia, por lo que respecta a esto, no puedo ayudaros. En el caso de que se me ocurra algo mÃ¡s, os lo harÃ© saber.â##

â##Muchas gracias.â##

El jefe de la oficina de Correos apareciÃ³ por la puerta que daba a la parte de atrÃ¡s. â##Â¿Fulvio?â##

El hombre se giró y dijo: «Creo que debo volver al trabajo.»

«Está bien,» dijo Zamagni, entendiendo la situación. «Le pido solamente que esté a nuestra disposición y no dude en contactar con nosotros en el caso de que recordase algo que pueda ser de utilidad.»

«No hay problema,» dijo el empleado de la oficina de Correos.

El inspector asintió, después se despidió y salió de nuevo a la calle.

Ahora sólo quedaba por escuchar qué contaría el empresario que había contratado a la señorita Mistrone, puede que entonces tuviera bastante material para comenzar a hacer alguna hipótesis.

11

Davide Pagliarini no conseguía apartar de la cabeza aquel accidente. Soñaba con él por la noche, como una pesadilla constante, y claro que no habría querido que ocurriese.

Estúpido, se repetía, soy un estúpido, ¡he matado a un niño! Estaba esperando el juicio, esperando, con la ayuda de un buen abogado, de conseguir por lo menos reducir la pena. Mientras tanto vivía preso de sus remordimientos. A media mañana de aquel día sonó el timbre de casa.

«¿Quién es?» preguntó por el portero automático.

«Una carta certificada. Tiene que firmar.»

El cartero.

Pagliarini descendió a la entrada del edificio, firmó, cogió el sobre y volvió a subir a su piso.

El remitente era el Tribunal de Bolonia.

Objeto: aviso de comparecencia.

Abrió el sobre y descubrió que debía presentarse dentro de dos semanas exactas a las diez y que, si no lograba encontrar un abogado defensor, le sería suministrado uno de oficio.

Dejó la carta sobre la mesita del salón, después marcó el número de su abogado defensor.

Mantente en calma y verás como saldremos adelante.###

El abogado sabía ya toda la historia, ya que se la había contado por teléfono el mismo Pagliarini al día siguiente de ocurrido el accidente.

Me condenarían, había dicho, no puedo zafarme de ninguna manera.

El abogado había intentado, también en esta vez, tranquilizar a su cliente diciéndole que encontrarían algo que lo ayudaría por lo menos a conseguir una pena reducida, e incluso a pagar sólo una multa. Aunque se daba cuenta que no sería nada agradable de contar a los parientes de la víctima.

Lo conseguiremos, le había repetido el abogado, verás como lo conseguiremos.

Ahora lo descubrirán: ese día estaba a punto de llegar y Davide Pagliarini estaba muy preocupado, a pesar de las palabras de su abogado.

Quedaron para verse al día siguiente y hablar del asunto en privado.

Cuando Pagliarini y el abogado se vieron en la oficina de este último, la primera cosa que hicieron fue un resumen de lo ocurrido.

###Había salido de la discoteca. Cuando estaba en la carretera de circunvalación de Bolonia estaba eufórico, he presionado el pedal del acelerador a fondo, sin percatarme de la velocidad a la que iba. Cuando llegué a un cruce, donde estaba el semáforo en verde, golpeé a un chaval que estaba atravesando la carretera en el paso de cebra.###

###Aquella persona estaba atravesando la carretera a pesar de saber que en aquel momento no habría debido hacerlo. El semáforo del peatón estaba en rojo, imagino.###

Pagliarini asintió, esperando que su recuerdo fuese real y no estuviese distorsionado por las drogas.

###Ahá está, ves, hemos encontrado un punto a nuestro favor.###

###De acuerdo,### dijo Pagliarini, ###pero ¿qué hacemos con el hecho de que yo me hubiese puesto a conducir después de haber tomado una de aquellas malditas pastillas? ¡Maldita sea! No las había tomado nunca, me he dejado liar por el tipo de dentro, aquel que me la ha dado. Me ha dicho *Verás cómo te sentirás mejor* y yo me he dejado convencer.###

El abogado meditó durante un momento.

â##La cuestiÃ³n de la pastilla no le favoreceâ##, dijo finalmente, â##de todas formas conseguiremos salir de esta. Debe fiarse de mÃ-.â##

â##Â¡OjalÃ¡! Â¿QuÃ© debo hacer mientras tanto, estos dÃ-
as? Â¿Algo en concreto? Â¿Necesita una declaraciÃ³n mÃa?
â##

â##Por ahora no. ContarÃ; todo en el tribunal. Intente permanecer tranquilo y verÃ; como todo se resolverÃ;.â##

â##Me fÃo de su experiencia.â##

â##Perfecto. Ahora vuelva a casa y relÃ;jese. AparecerÃ© cuando sea necesario.â##

â##Se lo agradezco infinitamente.â##

â##De nada. Es mi trabajo.â##

DespuÃ©s de despedirse el abogado comenzÃ³ a pensar en cÃ³mo llevar a cabo este caso en los tribunales, y Davide Pagliarini regresÃ³ a casa. SeguirÃa el consejo que le habÃan dado: relax absoluto hasta el dÃa del juicio.

12

Muy temprano por la maÃ±ana, ese mismo dÃa, Mariolina Spaggesi escuchÃ³ el timbre, fue al portero automÃ;tico y preguntÃ³ quiÃ©n era.

â##Flores para usted, seÃ±ora,â## fue la respuesta.

â##Suba,â## dijo la mujer, comenzando a hacer suposiciones sobre el posible remitente del agradable regalo.

Cuando vio al florista con el ramo de flores en la mano, cambiÃ³ de expresiÃ³n.

â##E... entre, por favor,â## dijo, balbuceando, al hombre que tenÃa delante. Le parecÃa haberlo visto ya, quizÃs era el florista que no estaba muy lejos de su casa, en la misma calle.

â##DÃ©jelas allÃ encima.â##

El hombre cruzÃ³ el umbral del piso, siguiÃ³ las indicaciones que le habÃan dado, se despidiÃ³ rÃpidamente diciendo que tenÃa que volver corriendo al negocio porque estaba sÃ³lo y habÃa dejado un aviso en la puerta de entrada para hacer comprender a los posibles clientes que volverÃa enseguida.

Mariolina Spaggesi cerrÃ³ la puerta y fue rÃpidamente hacia el ramo de flores que le habÃan traÃdo.

Â¿Un ramo de crisantemos?, pensÃ³.

Vio que sobre el papel que envolvÃa las flores habÃa sido pegado un sobre con las palabras PARA MARIOLINA.

Lo abriÃ³ y dentro encontrÃ³ sÃ³lo una tarjeta de visita de cartÃn.

MASSIMO TROVAIOLI

Direttore Marketing

Tecno Italia S.r.l.

La mujer sintiÃ³ que se desmayaba y tuvo que sentarse para evitar que sucediese realmente.

Dio la vuelta a la tarjeta de visita y vio que en la parte de atrÃs estaba escrito Â¡HASTA PRONTO! con un bolÃgrafo.

DespuÃ©s de unos minutos se levantÃ³ de la silla, cogiÃ³ un vaso y lo llenÃ³ de agua dos veces. SentÃa necesidad de beber.

Lo enjuagÃ³, despuÃ©s fue al cuarto de baÃ±o a refrescarse

la cara.

¿Cómo podían ser?

Debido a una creencia popular que le habían transmitido ella había asociado siempre los crisantemos con los difuntos, y Máximo Trovaioli!

Cogió el teléfono y marcó el 091.

##Me persiguen!## conseguí decir con esfuerzo cuando alguien le respondió desde el otro lado de la línea.

##Mantenga la calma, se±ora## dijo el agente que estaba al teléfono, ##explíquese mejor.##

##Yo! ¿me está persiguiendo! un muerto!##

##Eso es imposible. ¿Está segura de encontrarse bien?##

##S-. S-, estoy bien,## dijo ella ##¿Estoy siendo## perseguida por un muerto!##, gritó.

##¿Dónde vive?##, preguntó finalmente el agente intentando cortar la conversación ##Le mando a alguien.##

La mujer dio su dirección y concluyó la llamada pidiendo que se dieran prisa.

Cuando llegaron los dos patrulleros encontraron a Mariolina Spaggesi presa del pánico.

##Intente tranquilizarse, se±ora. Querremos que nos contase con tranquilidad que está ocurriendo##, explicó uno de los dos agentes.

La mujer les contó lo del sobre recibido algunos días atrás y lo de las flores entregadas esa mañana.

¿Quién es Massimo Trovatioli?, preguntó un agente.

«Mi último ex.»

¿Podrá tener algo en su contra? Cuando se han separado ¿ha sucedido de mala manera?

«Está muerta!» gritó la mujer. «Está muerta!» que me persigue!»

La señorita Spaggiari continuaba gritando, parándose siempre sobre la palabra *muerto* cada vez que la pronunciaba.

«Perdónenos,» dijo el otro agente, «No nos queda todavía claro este punto. Nos debe disculpar. Lo sentimos.»

«No pasa nada» respondió la mujer después de un momento de silencio en el cual intentó tranquilizarse.

¿Ha visto quién le ha traído estas flores?, le preguntaron cuando los dos agentes estuvieron seguros que había pasado el peor momento.

«Parece el florista,» aquel que está calle abajo, en la vía San Vitale, pero no estoy segura. Cuando estoy por ahí fuera camino siempre deprisa y no me fijo mucho en las tiendas.»

«Lo comprobaremos,» le aseguró uno de los patrulleros, volviéndose hacia su compañero con una mirada de complicidad. «Mientras tanto, usted debe permanecer tranquila. ¿Nos lo promete?»

«Lo intentaré,» respondió la mujer. «Lo intentaré.»

â##Bien. Nosotros nos pondremos a ello inmediatamente para echar un poco de luz sobre este asunto. Probablemente sea un malentendido.â##

â##Tengo miedo,â## dijo la seÃ±orita Spaggesi, â##Haced algo, por favor,â## les implorÃ³, como si no hubiese escuchado las Ãºltimas palabras de los agentes.

â##TranquÃ©cese y beba un vaso de agua fresca.â##

El agente mÃ¡s cercano al grifo del agua cogiÃ³ un vaso que encontrÃ³ al lado, lo llenÃ³ con agua y se lo dio a la mujer.

â##Beba a sorbitos y verÃ¡ como le ayuda a sentirse mejor.â##

La mujer bebiÃ³ siguiendo el consejo y, mientras permaneciÃ³ sentada, preguntÃ³ si no serÃ­a un problema, para los dos agentes, si ella no los acompaÃ±aba hasta la puerta.

â##No hay problema, seÃ±ora.â##

Mariolina Spaggesi quedÃ³ sola, sentada e inmÃ³vil, pensando en todo lo que habÃ­a ocurrido, confortada por las palabras de los dos agentes: ellos se ocuparÃ­an del problema, esperaba que lo resolviesen.

Cuando los dos agentes, siguiendo las indicaciones de la seÃ±orita Spaggesi, llegaron al negocio de flores, encontraron un aviso en la puerta: VUELVO ENSEGUIDA.

Aquel que parecÃ­a ser el dueÃ±o llegÃ³ con paso rÃ¡pido, acelerando en los Ãºltimos metros al ver a dos agentes de policÃ­a esperando.

â##Ã Me buscabais?â## preguntÃ³, â##Ã Os puedo ayudar,

ha sucedido algo?â##

â##Â¿Podemos entrar?â##, dijo uno de los dos agentes.

â##Por favor, por favor, faltarÃa mÃ;s.â##

El hombre abriÃ³ la puerta de cristal e hizo sentar a los dos agentes en el interior.

â##Por favor, decidme. Â¿QuÃ© ha sucedido? Yo no os he llamado. No me han robado nada.â##

â##No estamos aquÃ por esa razÃ³nâ## le interrumpiÃ³ un agente.

â##Explicaos.â##

â##Una persona dice que ha recibido un ramo de flores de un muertoâ##, comenzÃ³ a contar el agente con mÃ;s aÃ±os de carrera en la policÃa.

â##Imposibleâ##, dijo el florista, â##Los muertos no mandan flores a nadie.â##

â##Dice tambiÃ©n que se las llevÃ³ usted o una persona que trabaja con usted.â##

La mirada del hombre se volviÃ³ mÃ;s sombrÃa.

â##No entiendo a dÃ³nde querÃ©is llegar.â##

â##Queremos solo comprender quÃ© ha sucedido,â## explicÃ³ el agente mÃ;s joven. â##EstÃ; persona estÃ; realmente aterrorizada.â##

â##Â¿CuÃ¡ndo habrÃa sucedido?â##

â##Hace poco tiempoâ#! un par de horas.â##

â##Dejadme pensar un momento.â##

El florista hizo una pequeÃ±a pausa, a continuaciÃ³n volviÃ³

a hablar.

â##Yo trabajo solo, no tengo ayudantes ni nada parecido aquÃ-. No me los puedo permitir. Hago yo todo: recibo a los clientes, les sirvo y, si es preciso, llevo los pedidos a domicilio.â##

â##Cuando hemos llegado a aquÃ-, usted no estaba. Â¿Estaba con una entrega?â##

â##Obviamente.â##

â##Nada es obvio en nuestro trabajo,â## dijo un agente, como para dar a entender que no estaban haciendo una visita de cortesÃa.

â##Excusadmeâ##, dijo el hombre, â##Claro, sÃ-, me habÃ-a ausentado diez, quince minutos quizÃs, para llevar un encargo.â##

â##De acuerdo. Â¿Ahora nos puede decir si ha hecho una entrega hace mÃs o menos dos horas?â##

DespuÃs de una pausa, el florista respondiÃ³: â##Creo que sÃ-. Era una seÃ±ora, quizÃs una seÃ±orita. No le sabrÃ-a decir con exactitud: no indago sobre la vida privada de mis clientes. De todas formas, era una mujer.â##

â##Â¿Recuerda el nombre?â##

â##No, lo siento.â##

â##PiÃnsele bien. Reflexione un momento. Esta informaciÃn puede sernos de utilidad.â##

â##Os lo confirmo. No me acuerdoâ##, dijo despuÃs de un minuto, â##Por desgracia veo muchas personas durante el dÃa

y a menudo no me acuerdo de los nombres.â##

â##Da lo mismo,â## le asegurÃ³ el agente. â##Â¿Se acuerda por lo menos quiÃ©n le ha encargado el pedido?â##

â##Un hombre. SÃ-, era un hombre.â##

â##Â¿SabrÃa decirnos algÃn otro detalle?â##

â##Mmmâ#! elegante. Era un hombre elegante.â##

â##Â¿Alguna cosa mÃs?â##

â##Debo pensarlo. Sabed, esta persona llegÃ³ ayer por la noche mientras estaba a punto de cerrar el negocio, por lo que ha pasado algo de tiempo.â##

â##No se preocupe, tendrÃ todo el tiempo que necesite. Si le viene algo a la memoria no dude en informarnos.â##

â##Lo harÃ©,â## dijo el hombre a modo de despedida.

â##Ahora, si no os molesta, tengo cosas que hacerâ##, aÃ±adiÃ³ viendo que entraba una mujer en la tienda.

â##Por favor, hÃgalo, los clientes son lo primero. ExcÃºsenos por la molestia.â##

Los dos agentes dejaron la floristerÃa y se marcharon por debajo del pÃrtico en direcciÃ³n a las Dos Torres.

â##Este hombre no nos dice la verdad,â## dijo el agente mÃs viejo, â##Creo que nos estÃ ocultando algo.â##

â##Yo tambiÃ©n lo creo,â## dijo el otro, â##pero no sabrÃa decir el quÃ©.â##

La primera audiencia en la que participÃ³ Davide Pagliarini, por haber embestado al niÃ±o en la carretera de circunvalaciÃ³n

de Bolonia, fue bastante embarazosa para Á. Fueron expuestos los hechos y, a continuación, el culpable fue interrogado delante del juez.

Después de las preguntas del abogado de la acusación particular y de las del defensor, desde el p^ºblico se escuchó un *¡Avergáñzate!* gritado con tanta fuerza que resultó estridente.

Pagliarini empalideció y quedó paralizado en la silla, sin saber de qué parte mirar; le habría gustado hundirse, desaparecer, y no encontrarse en aquel lugar en ese momento.

Después de un instante, se giró hacia su abogado y, sin mediar palabra, su mirada le dijo *¿qué debo hacer?*; el otro, sin abrir la boca, respondió con una mirada interrogativa, ya que ni siquiera él sabía que sería mejor: seguramente no dar importancia a lo ocurrido, considerando la reacción que habría tenido lugar, haría que la situación fuese menos problemática, antes que mostrar la vergüenza requerida por la persona que habría tenido el valor de dar ese grito en p^ºblico en el interior del aula de un tribunal.

Finalmente, Pagliarini se levantó de la silla usada para los interrogatorios y fue hacia su abogado andando lentamente, pero sin mostrar signos de hacer entender al ánimo chillante de haber dado en el blanco.

La audiencia finalizó sin una resolución definitiva, a la espera de otra sesión.

El abogado escoltó a su asistido hasta la salida para evitarle

episodios desagradables similares al que había ocurrido en la sala, entonces le dijo que se verían de nuevo en breve para decidir cuál línea de defensa seguir en la siguiente audiencia.

El inspector Zamagni y el agente Finocchi fueron juntos a hablar con el empresario que había contratado a Lucia Mistrone.

La muchacha trabajaba en la Piazzi & Co. como empleada de oficina y se ocupaba de la contabilidad.

Cuando hablaron en la recepción, a los dos los hicieron sentar en butacas de piel que estaban enfrente del mostrador y, pocos minutos más tarde, los recib  el titular de la empresa.

Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto sencillo y con modales ni agresivos ni arrogantes, que se mostró feliz de ayudar a los funcionarios de polic a en el desempeño de sus funciones.

  De qué os ocup is? pregunt  Zamagni
  Importación-exportación de artículos diversos. 
dijo el hombre.

  Y la señorita Mistrone trabajaba con vosotros desde hacía mucho tiempo? 

  No recuerdo exactamente, pero aproximadamente algunos años. 

Zamagni e Finocchi asintieron.

  Según usted, cómo era la relación de la muchacha con sus otros colegas? 

  Por cuanto yo s , buena. Desde este punto de vista me siento afortunado: parece ser que todos los trabajadores

contratados de esta empresa se llevan bien, hay un clima muy relajado.â##

â##Comprendoâ##, dijo el inspector.

â##Â¿Nos sabrÃa decir si, por casualidad, la seÃ±orita Mistrone tuviese problemas fuera del trabajo?â## preguntÃ³ el agente Finocchi, â##Quiero decir algÃºn episodio del pasado del que la muchacha hubiese hablado con usted o con otra persona.â##

Â«Siempre fue una persona bastante reservada.Â»

â##Â¿Y entre sus colegas no hay ninguno con quien tuviese una relaciÃ³n confidencial?â##

â##Me llegÃ³ la noticia de que se habÃa prometido con un ex dependiente nuestro pero que, hasta hace un mes, trabajaba aquÃ-. No me parece que hubiese otras personas con las que tuviese una relaciÃ³n de confianza.â##

Zamagni y Finocchi se intercambiaron una mirada: Paolo Carnevali no les habÃa dicho nada parecido y quizÃs tendrÃan que profundizar sobre este tema.

Intuyendo que, al menos aparentemente, aquella charla no les estaba llevando a ninguna parte, los dos agradecieron al hombre su paciencia, Zamagni intercambiÃ³ con Â©l la tarjeta de visita, y despuÃ©s salieron.

14

A la maÃ±ana siguiente Zamagni recibÃ³ una llamada de la PolicÃa CientÃfica para darle informaciÃ³n adicional sobre Lucia Mistrone: anÃ¡lisis hechos en profundidad habÃa revelado

una cantidad nada despreciable de melatonina y, cuando el inspector pidió explicaciones, su interlocutor le dijo que se trataba de un sedante, para conciliar el sueño, pero que en dosis excesivas podía dar lugar a algunas contraindicaciones, entre las que se encontraban los mareos.

Por lo tanto la muchacha podrá haber tomado por voluntad propia demasiados comprimidos de esta sustancia, golpearse la cabeza y morir.

Sí. En realidad es posible otra hipótesis.

¿Cuál?

Hay melatonina en gotas. Si de verdad la señorita Mistrone conoció a su asesino, este último, no pareciendo sospechoso, podrá haber puesto una cantidad excesiva de gotas en una bebida, la muchacha ha bebido y ¡patatrac!

No podemos excluir esta posibilidad. La tendremos en cuenta, gracias.

Terminada la conversación telefónica Zamagni fue en busca de Marco Finocchi para informarle de las últimas noticias recibidas.

Parece que el caso se está complicando cada vez más, dijo el agente.

El inspector asintió.

¿Y si la muchacha, por algún motivo, estuviese cansada de cómo le iban las cosas? Por algún motivo desconocido podrá haber deseado

¿Suicidarse?

â##SÃ-.â##

â##Â¿Sin dejar ni siquiera una nota con alguna explicaciÃ³n sobre ello?â##

Ambos quedaron pensativos, asÃ­ que Zamagni dijo, aunque de mala gana: â##QuizÃ¡s deberÃ­amos volver al principio.â##

â##Â¿En quÃ© sentido?â##

â##Volver sobre nuestros pasos, interrogar de nuevo a todos e intentar reevaluar cada elemento que tenemos en nuestro poder, ahora que sabemos lo de la melatonina.â##

â##Ya entiendoâ##, dijo Finocchi.

â##No hay tiempo que perder,â## le exhortÃ³ el inspector, â##Reseteemos y partamos de cero.â##

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.